

§ VIII. La evolución en nuestros días.—Aceptación general: discrepancia de explicación.—Testimonios y apreciaciones: luz y concordia.

Según acabamos de ver en el párrafo precedente, los sabios naturalistas que en un principio se opusieron á la evolución, eran innumerables; con razón dice Huxley (1) que, si entonces se hubiese reunido un *concilio científico*, el *Origen de las especies* hubiera sido condenado por una mayoría abrumadora. Pero hoy se han trocado los papeles; la inmensa mayoría de los hombres de ciencia admite la realidad de la evolución, ó como una verdad inconcusa é incontrovertible, ó al menos como un postulado científico, indispensable. Apenas quedan ya más que unos pocos veteranos que sientan en contra, y esos mismos difícilmente se atreven á contradecirla de lleno.

En cambio, se va tendiendo cada vez más á la moderación, y se miran ya con desdén ciertas exageraciones y atrevimientos del ultraevolucionismo, ó sea del evolucionismo mecánico monista, mientras se discute aún con más ó menos apasionamiento acerca del modo como la misma evolución se realiza, de su extensión y de los factores que en ella intervienen.

La lucha está hoy únicamente, podemos decir, entre las diversas tendencias que hay para explicar la evolución (2), está, como dice Ives Delage, entre los

(1) *Op. cit.*, p. 320.

(2) Puede verse una confirmación de esto en la *Revue Thomiste* (Encero, 1898, p. 809 y sig.) donde, con motivo de un ensayo póstumo de Romano's (*Isolation in organic evol.*) y de un trabajo de Le Dantec sobre *Les théories néo-lamarckiennes*, se hace ver dónde se concentran hoy las principales discusiones y cómo en ellas se da ya por supuesta la realidad de la evolución.

neodarwinistas que, con Weismann á la cabeza, niegan la transmisibilidad de los caracteres adquiridos y dan toda la importancia á la selección; y los neolamarckianos, á cuya cabeza figura Spencer, que defienden la transmisibilidad de aquellos caracteres, dan la principal importancia á los hábitos, al uso y desuso y á las influencias externas, y hacen ver la insuficiencia de la selección, si es que no llegan á desecharla por completo.—Oigamos algunos testimonios autorizados.

Delage, en medio de ciertas expresiones chocantes, no vacila en afirmar, que (1) «el transformismo es la única teoría que puede satisfacer á un espíritu puramente científico.—Yo tengo la teoría de la descendencia por tan cierta como si estuviese demostrada objetivamente... El problema de la descendencia no se refiere ya á la existencia de ella, sino á la manera como ha podido ser realizada».

R. Perrier está aún más terminante: «El hecho fundamental, escribe (2), sobre que reposa la anatomía comparada, es la variabilidad de las especies animales. Se puede considerar hoy este hecho como *demostrado*, cuanto puede serlo una *verdad física*... Admitimos como enteramente exacto el punto de partida de la doctrina transformista; y, gracias á este postulado, la anatomía comparada podrá contribuir poderosamente á la constitución de los árboles genealógicos de las especies animales, mostrando las modificaciones experimentadas por estas mismas especies en las descendencias sucesivas».

De una manera análoga se vienen á explicar casi todos los autores de las obras más distinguidas que han aparecido sobre las ciencias naturales en estos últimos

(1) *La Structure du protoplasma, Hérité, Biologie générale*, p. 184, 185.

(2) *Éléments d'Anatomie comparée*, Paris, 1893, p. 3.

años. La evolución es ya, cuando menos, un *postulado*, sin el cual es imposible explicar las cuestiones más importantes. Lo único que se pone en duda y que se va desmintiendo cada vez con más energía, son las tendencias atrevidas y avanzadas. Así, el mismo autor que acabamos de citar, añade en contra de las afirmaciones de Hæckel (1): «Una sola teoría es hoy aceptable, y es la *polifilética*, que consiste en considerar el reino animal como formado de cierto número de series que prosiguen paralelamente su desarrollo. Las especies que constituyen cada serie no tienen ninguna relación de filiación directa con las de las series vecinas... A veces, á no fundarse en teorías *atrevidas* y *frágiles*, no se puede hallar un origen común; las series parecen entonces *independientes*».

«La evolución embriológica, dice L. Roule (2), es real; y lo mismo sucede con la evolución genealógica, que demuestran ciertos *hechos particulares*, y que el encañamiento de los individuos en los tiempos *autoriza á extender á toda* (?) la materia viviente».—«Pero sólo nos es lícito afirmar su *realidad*, y señalarla en su conjunto y en sus principales particularidades, y no el ir más adelante».—Y no sólo da por cierta la realidad de la evolución, sino que la considera como un hecho necesario para explicar los fenómenos embriogénicos. «La evolución, añade, es una consecuencia de las dos propiedades principales de los seres organizados: la adaptación y la herencia».

L. Cuénot dice (3): «Cada paso adelante, dado por la observación y la experiencia, ha sido una nueva y brillante comprobación de la doctrina transformista. Hoy

(1) *Ibid.* p. 7.—(2) *L' Embryologie générale*, París, 1893, p. 297.

(3) *L' Influence du milieu sur les animaux*, p. 5, 6.

sabemos ya que los animales no han sido creados de un golpe para los medios en que viven, sino que poco á poco se han ido desarrollando y transformando progresivamente, persistiendo sólo las especies mejor dotadas».

«La teoría de la evolución, escribe Sicard (1), reúne en su favor tan gran número de pruebas, tomadas de todas las ramas de las ciencias de los seres organizados, que triunfa hoy de los ataques dirigidos en un principio contra ella, y reúne los votos de la inmensa mayoría de los naturalistas.—Hoy domina á todas las ciencias».

Vuillemin (2) da por supuesta esa teoría. Otro tanto y mucho más hace el célebre paleofitólogo Saporta (3), que tanto contribuyó á ponerla de relieve en el reino vegetal. F. Priem la tiene ya por del todo incontrovertible, pero sólo hasta ciertos límites y prescindiendo de las exageraciones: «Exponemos, escribe (4), los principios que nos autorizan para afirmar que el mundo animal ha experimentado una evolución progresiva. Esta evolución comenzó con las primeras edades geológicas y continúa en nuestros días... Generalmente es posible poner en *evidencia* los diferentes términos de la evolución de un género, de un orden, de una *clase*. Pero... las diversas *ramas* existían ya desde el principio de los períodos geológicos... *El origen de las ramas* ó tipos nos es *del todo desconocido*... Las ideas transformistas experimentarán ciertos cambios... Los principios de Lamarck y de

(1) *L' Evolution sexuelle*, París, 1892, p. 8.

(2) *La Biologie végétale*, París, 1888, p. 16, etc. «Los detalles de estructura, dice, la variedad de los fenómenos, la extraña complejidad de los órganos convergen hacia una grandiosa unidad, hacia una ley uniforme que rige á la evolución...»

(3) *Evolution du Règne végétal*, 1881, 1885; *Orig. paléontol. des arbres cultivés*, 1888, p. XI, etc.

(4) *L' Évol. des Formes animales*, París, 1891, p. 4 y sig.

Darwin se unirán en una síntesis fecunda.. Nosotros defendemos aquí solamente la idea de evolución, para aplicarla al estudio de las formas fósiles. Éstas deben ser consideradas como unidas con las actuales por un lazo genético».

De una manera análoga, aunque con todas las reservas propias de su espiritualismo intachable, se expresa el ilustre Gaudry: la evolución se extiende sólo hasta las *clases*, porque sólo hasta ellas existe el encadenamiento de las formas; pero no puede explicarse sin admitir un sapientísimo plan providencial que la dirija y la realice, así como tampoco puede explicarse el origen de cada clase sin una intervención inmediata del Creador (1).

He aquí algunas palabras de la hermosa conclusión de su más reciente obra:

«Hoy no sólo admitimos, dice (2), los cambios de las especies, sino que suponemos que cada uno de estos cambios tiene su significación; representa un estadio de evolución, de suerte que, por el encadenamiento de las especies de las épocas sucesivas, llegamos á establecer la historia de las familias como la de un individuo; asistimos á su nacimiento, á su infancia, á su apogeo, y á veces á su ocaso. Así, comenzamos á entrever una gran síntesis que se continúa desde los antiguos tiempos hasta nuestros días. La naturaleza, muy lejos de ser un compuesto de seres inmóviles, escalonados unos por encima de otros en las capas sucesivas, es un compuesto de seres siempre en movimiento. *Un plan ha dominado* á la historia del mundo animado; la paleontología es el estudio de ese plan».

(1) V. *Les Enchaînements du monde animal*, Foss. prim. p. 292; Foss. second. p. 299; *Les Ancêtres de nos anim.* passim.

(2) *Essai de Paléontologie philosophique*, Paris, 1896, p. 202.

»He llegado ahora, añade (1), á las relaciones del mundo con Dios. Los seres animados mal podían producir ellos mismos sus fuerzas vitales, porque nadie puede dar lo que no tiene. Aun cuando imaginemos todas las fuerzas físicas ó químicas, éstas no harán una fuerza vital y, sobre todo, una fuerza pensante. Quien crea, pues, las fuerzas es la causa primera, es decir, Dios. Es preciso admitir creaciones sucesivas de fuerzas... La actividad divina se ha manifestado de una manera continua...

»Por muy cerca que esté Dios de la naturaleza, no se confunde con ella, porque la historia del mundo nos revela una unidad de plan que se continúa á través de todas las edades, anunciando á un Organizador inmutable, mientras la paleontología nos ofrece el espectáculo de seres que se modifican sin cesar. Hay oposición entre estos seres tan móviles y su Autor que permanece siempre el mismo... El cambio parece ser la suprema ley de la naturaleza. Hay cierta melancolía en el espectáculo de esas inexplicables desapariciones. El alma del paleontólogo, cansada de tantas mudanzas, de tanta fragilidad, fácilmente es conducida á buscar un punto fijo donde reposar; se complace en la idea de un Sér infinito que, en medio del cambio de los mundos, permanece inmutable».

Prescindiremos ahora de los transformistas radicales, que defienden el sistema, completamente dominados por el fanatismo sectario. Para éstos, claro está que la evolución es la mayor y más segura conquista científica; y más que una verdad científica, es un dogma de su fe especial. Bastará recordar lo que hace ya años decía el furibundo G. de Kerville (2): «El transformismo está

(1) Pág. 208 y sig.—(2) *Causeries sur le Transformisme*, Paris, 1887, página 111.

fundado sobre bases inmovibles. Hoy ocupa en la ciencia el puesto de honor que merece. En Inglaterra y en Alemania es generalmente adoptado, y podemos afirmar que el número de sus partidarios aumenta cada vez más en nuestro país. Sin duda alguna que los sabios venideros, libres de las ideas inveteradas que pesan aún gravemente sobre la ciencia contemporánea, saludarán en C. Darwin, que fué el Isaac Newton de la biología, á uno de los más grandes genios de la humanidad.

En este estado de cosas, no se podrá menos de reconocer la verdad que encierran, tomadas en buen sentido, las siguientes palabras del famoso autor de la *Filosofía de lo Inconsciente*, el panteísta Hartmann: «El darwinismo, dice (1), ocupa indudablemente un lugar preponderante en las preocupaciones intelectuales de nuestra época... En general, se puede comprobar, en los ocho últimos años, un progreso muy considerable de este sistema que al principio no había encontrado sino un recelo universal; y nada quizá contribuyó más al rápido éxito del darwinismo, que el ardor con que ha sido combatido por la teología de todas las confesiones, unida con la filosofía de los profesores. Contra los adversarios que se apoyaban en argumentos poco fundados y anti-científicos, se levantaron partidarios fanáticos, cuyo entusiasmo temerario sacó de la teoría de Darwin consecuencias que su autor no había hecho más que indicar tímidamente, ó que había ocultado de propósito; esta temeridad no hizo otra cosa sino exasperar aún más á los enemigos del sistema. Por su parte, la escuela materialista no se descuidó en confisicar el darwinismo en provecho de sus tendencias... Aun en el mundo científico se

(1) *Le Darwinisme, ce qu'il y a de vrai et de faux dans cette théorie* Paris, 5.^a ed. 1894, chap. I.

estableció, se impuso la idea de que, en el punto de vista adoptado hasta entonces, era imposible combatir las nuevas teorías, y era preciso, de una manera ó de otra, inclinarse ante ellas; únicamente los antiguos sabios, que no tenían ya la suficiente elasticidad intelectual para rehacer su educación, fueron los que se mostraron del todo refractarios á la influencia del darwinismo... Pues bien; el solo hecho de excitar esos entusiasmos y esas repugnancias, puede considerarse como la prueba de que una teoría encierra á la vez algo verdadero y algo falso; de que ciertas ideas fecundas y seductoras están mezcladas con miras incompletas y, por lo mismo, inexactas.

«El deber de la crítica filosófica consiste en reconocer lo que hay de incompleto en un sistema, y en eliminar desde luego los errores provenientes de haber tomado la parte por el todo; de que una idea relativa ha sido considerada como absoluta; de que una proposición, verdadera entre ciertos límites, ha sido extendida hasta más allá de esos límites, y de que un principio de explicación admisible hasta un punto dado, ha sido exagerado en sus consecuencias... Tiempo es ya de que se deje de considerar el darwinismo como un *todo* completo, *uno*, y de no poner más la *evidencia* victoriosa de la teoría de la descendencia al servicio de un conjunto complejo de hipótesis, que no se fundan nada más que en la tendencia general á reemplazar, por una suma de acciones mecánicas, exteriores, fortuitas, la idea de la evolución orgánica, *interna, realizada según un plan* determinado... El concepto mecánico del mundo, fundado en el principio de la selección, en cuanto este principio se considera como capaz de ofrecer por sí solo una explicación suficiente, y no simplemente como un

procedimiento técnico, accesorio del *processus* de evolución interior, tal es el punto sobre el cual se concentran todos los ataques dirigidos contra el darwinismo. Y si al mismo tiempo van á dar contra la teoría de la descendencia... es porque los anti-darwinistas admiten sin examen, en sus adversarios, la fe en la unión indivisible de las dos teorías, sin sentir la real heterogeneidad. Inversamente, muchas personas son conducidas por la clara evidencia de la teoría de la descendencia, á aceptar la selección y el concepto cósmico-mecánico que de ella se desprende, no acertando á separar estos dos elementos tan inconexos del darwinismo. A su vez los darwinistas rabiosos protestan enérgicamente contra esta separación necesaria, porque confían en el poder de su concepto de la naturaleza, para formar un *todo coordinado* en que la hipótesis explicativa no presente ya más lagunas, no siendo aquellas por donde pudiera pasar una explicación *metafísica*... Desconocen en esto la célebre distinción que se ha establecido por sí misma hasta ahora en las ciencias exactas, conviene á saber, la limitación de las tentativas de explicación al dominio de lo que es *realmente explicable* por los medios científicos dados en cada caso; é imitan á la filosofía, tantas veces censurada por la ciencia, á causa de sus extravagancias, sin llevar en la empresa miras verdaderamente filosóficas.

»En realidad, las discusiones de que aquí se trata, en último análisis, son de una naturaleza, nó científica, sino filosófica; y, por consiguiente, la filosofía parece tener, no sólo el derecho, sino también el deber de tomar parte en ellas. Añádese que el objeto de este debate es también de suma importancia práctica... Y cuanto más importantes son las consecuencias que se refieren á la solución de los problemas suscitados por el darwinismo,

tanto mayor es, por otra parte, la popularidad adquirida justamente en estos últimos años por la teoría de la descendencia, y tanto más evidente ha resultado la necesidad de separar esta última de los otros elementos darwinistas de valor dudosos».

«La teoría de la descendencia, reconoce este furibundo panteísta (cuyos fortísimos argumentos en favor de un *plan* y de un principio interno en la evolución conducen, por otra parte, necesariamente á la sabia Providencia y nó al estúpido *Inconsciente*, que él se imagina ó desea) se adapta bien igualmente á las cosmogonías mecánicas ú orgánicas, materialistas, panteístas ó *deístas*; y esta circunstancia la habría recomendado aún con más energía al examen imparcial de todos los partidos, si, en el darwinismo, no estuviera amalgamada con la teoría de la selección».

No de muy distinta manera se expresan eminentes apologistas católicos:

«Al discutir este argumento en los treinta últimos años ó más, escribe el P. Zahm (1), en el calor de la controversia ambas partes se han excedido hasta el punto de asegurar cosas que carecen de fundamento. ¡Cuántas exageraciones!, ¡cuántos postulados falsos, causa de tantas otras objeciones y de mayor confusión! Sin embargo, todo esto se hubiera podido evitar si ambas partes se hubieran dejado guiar del amor á la verdad, y de las inflexibles reglas de la dialéctica, más bien que de la pasión y del espíritu de partido. Un falso celo y la ignorancia de las verdaderas doctrinas de la Iglesia son siempre causa de ilusiones que conducen á aserciones infundadas con respecto á la evolución; mas al discutirla después, tanto los impugnadores como los defensores de

(1) *Ob. cit.*, p. 35.

esta teoría, no han dado ninguna muestra de lealtad, antes han dejado entrever que su móvil no era ciertamente la investigación de la verdad que tanto se pondera. Semejantes polémicas han dañado á las dos partes y han retardado la mutua inteligencia que debía haber existido, y que se hubiera podido conseguir hace ya muchos años...

»El odio á la religión se escondía detrás de cualquier nuevo descubrimiento del campo científico y se envolvía en cualquiera teoría, la cual, en la mejor ocasión, era elevada á la dignidad de un dogma incontestable. Verdad es que todo el vituperio no recae tanto sobre los principales representantes de la ciencia, cuanto sobre algunos de sus mal intencionados secuaces, los cuales, de las nuevas doctrinas, se hacían escabel para adquirir fama y al mismo tiempo para desahogar su bilis contra la Iglesia y romper lanzas con la Religión y la Biblia».

«Ninguna otra cuestión quizá, escribe el Abate Guibert, S. S. (1), ha apasionado más vivamente los ánimos, durante la segunda mitad de este siglo, entre el pueblo lo mismo que en el mundo sabio. Y fué porque en un principio parecían comprometidos los más graves intereses de la religión y de la moral... Hubo un tiempo en que los nombres de materialistas y de evolucionistas por un lado, y por otro los de católicos y creacionistas, parecían indisolublemente unidos. Ahora se hacen esfuerzos por volver á la moderación; en vez de lanzarse á las soluciones extremas, se trabaja por atenerse más á los hechos de la experiencia y á los principios filosóficos. *A medida que se va calmando la sensibilidad de los ánimos, y que se van precisando las ideas, se tiende á una reconciliación en una opinión intermedia.*

(1) *Lug. cit.*, p. 46.

«La historia de las ciencias y de la filosofía, dice por su parte Duilhé (1), no presenta otro ejemplo de una idea ó de una hipótesis que haya ejercido influencia comparable á la de la hipótesis transformista en la segunda mitad de este siglo. No tenerla en cuenta, sería ir contra todas las reglas de la tradición apologetica. Añadid á esto que, con frecuencia, ha sido mal comprendida y falsamente interpretada, en sus consecuencias doctrinales, por la mayoría de los creyentes y de los incrédulos... Nadie tiene derecho á hacer intervenir la fe en una discusión puramente científica. No hay en el sagrado texto una palabra que se oponga á la evolución (2). Lo que hay que temer y combatir son las tendencias extrañas á las exigencias de la razón. Después

(1) *Apología*, p. 243, 277, 279.

(2) El P. Z. Martínez, después de recordar con aplauso estas palabras de Duilhé, añade (*Ob. cit.* p. 202): «La Iglesia, además no ha dicho absolutamente nada sobre el «blastema primordial», la generación espontánea, ni sobre los Protistas y el *Amphioxus lanceolatus*, ni siquiera acerca de la formación del cuerpo del primer hombre. Cada católico puede opinar en estos asuntos como cualquier materialista, salvando la realidad de la creación en el sentido filosófico-cristiano.

«Hablando en general, prosigue el docto agustino, el darwinismo, ya considerándole como la hipótesis más pética de este mundo, ya como el esfuerzo más grande que se ha hecho para explicar el origen y desenvolvimiento de los seres vivos, ora como la doctrina que pone mejor de relieve la sabiduría del Creador, se puede defender y combatir; y para ello no se necesita título de escuela ni pasaporte de nacionalidad...

Mas antes de atreverse á combatirlo, el ilustre adversario hace, entre otras, la siguiente declaración (p. 204 y 205): «Aventurada es la negación de un sistema ó de una hipótesis aceptados por una muchedumbre de personas sabias; y si aquella procede de un apologeta cristiano, y se trata de cuestiones religioso-científicas, puede traer—y no faltan algunos ejemplos—para la Iglesia consecuencias fatales, estampando en su frente el estigma del ridículo... Condenamos este proceder, resultante del fervor mezclado generalmente con la ignorancia...

«Los que creen que las cuestiones de este género, reconoce más adelante (p. 241, nota) no tienen hoy la importancia que hace pocos años, debieran reflexionar, leyendo las obras modernas de ciencias naturales, en que existe cierta calma más terrible que la lucha, y es la que sigue al triunfo. Si el transformismo

de esto, debemos acoger con el mayor interés todas las revelaciones nuevas de la ciencia positiva».

Vemos, pues, cómo por una parte y por otra, se van calmando los ánimos, se corrigen los excesos, se esclarece la cuestión y se tiende á la concordia.

§ IX. Continuación.—Declaraciones famosas de Salisbury y de Brumetière: decae el evolucionismo mecánico y va triunfando el teleológico—Grandes probabilidades que éste tiene.—Corriente favorable entre los hombres de fe.—Evolucionistas principales.

El célebre discurso de Lord Salisbury, acerca de *Los límites actuales de nuestra ciencia* (1), ha contribuído poderosamente á desvanecer muchas prevenciones y exageraciones tanto en pro como en contra de la evolución.

Con lógica irresistible, el sabio é ilustre hombre de Estado hizo ver la impotencia de la ciencia contemporánea enfrente de los más transcendentales problemas, cuales son los relativos á los orígenes de las cosas. Siguiendo la marcha de las ideas, desde que están en boga las doctrinas evolucionistas, dice que éstas eran antes

no se discute á la fecha con el mismo calor y entusiasmo que antes, no es porque se haya olvidado, sino porque se le supone vencedor de todos sus enemigos; y se le juzga así en la mayor parte de las obras recientes, precisamente por los descubrimientos de la Paleontología..

* Los creacionistas, añade por fin (p. 291), realmente *no explican nada* en lo que toca al desenvolvimiento de los organismos y de su sucesiva aparición en la tierra... *Por la evolución se llega á la unidad, que atrae al alma con fuerza irresistible*; se vislumbra entre las nieblas de las épocas geológicas el árbol frondosísimo de las filiaciones genéticas, y los vástagos conducen al tronco..

(1) Discurso presidencial, pronunciado el 8 de Agosto de 1894, ante la *British Assoc.* en su sesión de Oxford.

tenidas por peligrosas desde el punto de vista religioso, pero solamente lo serían si se pudiera probar que la ciencia se confunde con la evolución atea, ó que la ciencia es incompatible con la religión. «Mas hoy son raros, añade el orador, los hombres de fe influídos por la extraña idea de que las creencias religiosas dependen de las investigaciones científicas. Pocos sabios, sean cualesquiera sus creencias, piensan en sacar sus conocimientos geológicos de los libros de su religión, ó se imaginan, por el contrario, que su crisol ó su microscopio les pueden ayudar á penetrar en los misterios relativos á la naturaleza y destinos del alma humana... Vivimos en un oasis de ciencia, rico y brillante, pero rodeado por todas partes por una vasta región inexplorada, llena de insondables misterios..»

«Darwin debe parte de su éxito á circunstancias casuales. Tuvo la buena fortuna de envolver en el número de sus campeones algunas de las más vastas inteligencias de su tiempo, y la suerte quizá aun más grande de publicar su obra en una época en que proporcionaba armas de guerra á hombres que no se preocupaban nada con la verdad científica y que abusaron de aquélla en las polémicas violentas, cuyo efecto no podía menos de ser pasajero. Sin embargo... el poder intrínseco de su teoría está comprobado al menos en el sentido de que efectuó una transformación completa en los métodos de investigación científica... Otro efecto ha resultado *incontestablemente* de la obra de Darwin. Ésta *ha destruído ciertamente la doctrina de la inmutabilidad de la especie*. Recientemente esta última teoría ha estado asociada sobre todo con el gran nombre de Agassiz. Pero con él ha perdido el *último defensor* que pudo llamar la atención de los sabios. Pocos naturalistas se encontrarán actualmente

que se nieguen á reconocer que ciertos animales, entre los cuales median diferencias más salientes que las que separan á individuos de distinta especie, descienden, sin embargo, de un progenitor común. Pero hay mucho menos conformidad de opiniones acerca de la extensión que se puede atribuir á esta comunidad de origen y acerca de la manera como se han desarrollado las variaciones. El mismo Darwin creía que todos los animales procedían á lo más de cuatro ó cinco parejas primitivas; añadía que había cierta grandeza en considerar que el Creador había dado el soplo de la vida bajo cuatro ó cinco formas diferentes, y nó bajo un número infinito de tipos. Algunos de sus discípulos más decididos, tales como el profesor Hæckel, no temieron dar un paso más, y consideraron el lodo del mundo primitivo como el progenitor probable de toda la fauna y toda la flora de nuestro planeta.—*Así extendida* la doctrina de Darwin, *no ha podido conquistar la opinión científica*; menos aún hay unanimidad en adoptar la selección natural como el único ó bien como el principal agente de las modificaciones que pueden haber producido las formas de la vida que vemos en nuestro alrededor. Reina aún la más profunda oscuridad acerca del origen de las infinitas formas de que es capaz la vida. Dos de las objeciones más fuertes que se han hecho á la explicación de Darwin, están aún en todo su vigor».

Esas objeciones son: la extensión inverosímil de las épocas geológicas, que se requiere para la transformación *lenta* de los tipos específicos; y la manifiesta insuficiencia de la selección natural como factor principal de la evolución. «He aquí, añade Salisbury, cómo raciocina Weissmann: No podemos demostrar detalladamente la existencia de un principio de selección natural; no

podemos tampoco imaginarlo siquiera; es puramente hipotético, nadie que sepamos lo ha visto en acción.. La razón que él da parece muy apropiado para ofrecer un ejemplo del peligro á que los investigadores de nuestro tiempo están expuestos, cual es la aceptación de simples conjeturas en vez de verdades demostradas. ¿Por qué no confesar con franqueza que hay ciertos puntos acerca de los cuales no podemos adquirir un conocimiento científico?—«Aceptamos la selección natural, dice Weissmann, porque estamos *obligados* á ello, porque es la única explicación que podemos dar».—Como hombre político, conozco muy bien este argumento. En las luchas parlamentarias se dice con frecuencia que un proyecto *holds the field*, que debe ser aceptado, porque no hay otra salida. En política, esta manera de discurrir tiene, hasta cierto punto, su razón de ser; puesto que es preciso á veces tomar una resolución, aun cuando no haya ninguna que esté libre de objeciones serias. Pero esta especie de argumentación es inadmisibile en la ciencia. Nada hay que nos obligue á encontrar una teoría, si los hechos se resisten á sugerirnos una razonable y sólida. La confesión de nuestra ignorancia es las más de las veces la única respuesta razonable á los enigmas que la naturaleza nos propone. Una oscura nube nos oculta los secretos del desarrollo y, más aún, del origen de la vida. Si forzamos nuestra vista para ver á través de esa nube, con la idea preconcebida de que debemos hallar una solución cualquiera, no descubriremos otra cosa más que los sueños de nuestra imaginación. Para justificar su fe en la selección natural, Weissmann añade otra razón, ciertamente característica de los tiempos en que vivimos: «No se concibe, dice, otro principio capaz de explicar la adaptación de los organismos, sin hacer intervenir un

»plan preconcebido»... Aun no hace mucho que la creencia en un plan providencial dominaba en absoluto. Aun aquellos mismos que trataban de minarla por su base, acostumbraban á tributarle homenaje, á fin de no lastimar la conciencia pública. Hoy la revolución es tan completa, que ahí veis un gran filósofo que usa de ese principio, antes inviolable, para hacer una *reducción al absurdo*. Prefiere creer en una cosa que no puede demostrar, ni aun siquiera concebir, antes que hacerse culpable de *herejía*, admitiendo un principio tan *ridículo* como la *intervención de un poder regulador*.

»Por mi parte, acepto sin reservas la alternativa, á saber, que si la selección natural es rechazada, no hay más remedio que admitir la influencia mediata ó inmediata de un principio director, de un orden preestablecido. Aquí, en Oxford, no tenemos este argumento por decisivo para aceptar la creencia de Weissmann. Supongo que este sentimiento es general en toda Inglaterra, por muy imponentes que sean los nombres que él ha imaginado para apoyar sus ideas. Yo me voy convenciendo de que las dificultades, cada vez más numerosas, que hay contra la teoría mecánica, acabarán de debilitar la influencia que tenía adquirida. Pero en esta materia, prefiero escudarme con la autoridad del lord Kelvin, el más ilustre maestro que se encuentra entre nosotros, y tomar por conclusión las memorables palabras con que, desde lo alto de la presidencia, terminaba en la sesión de Edimburgo, su discurso hace veinte años: «Yo he pensado siempre, decía, que la hipótesis de la selección natural no encierra la verdadera teoría de la evolución.... Estoy profundamente convencido de que la idea de un plan director ha sido demasiado perdida de vista en las recientes especulaciones zoológicas. Por todas partes nos

rodean pruebas brillantísimas de un principio inteligente, de una providencia benéfica. Los prejuicios filosóficos ó científicos podrán por algún tiempo desviarnos de estas ideas, pero ellas vuelven muy pronto con fuerza irresistible; nos hacen ver á través de la naturaleza la influencia de una voluntad libre; nos hacen ver que todas las cosas vivientes dependen de un Creador eterno y de un Señor soberano».

Estas palabras tuvieron gran resonancia en Inglaterra y fuera de Inglaterra. Suscitaron muchas protestas; pero no admitían réplica. Huxley, que se hallaba presente al discurso y que fué encargado de contestar, tuvo que ceñirse en sustancia á aprovecharse de las confesiones favorables, como aquella de que la doctrina de la inmutabilidad estaba muerta y completamente abandonada. «Tales son, dijo, los principios fundamentales de la doctrina evolucionista. La evolución no es el darwinismo, ni el spencerismo, ni el haeckelismo, ni el weismanismo, sino que todas estas doctrinas han sido construídas sobre la evolución, sobre la cual el Presidente acaba de poner el sello de su autoridad».

Poco después del famoso discurso de Oxford, la *Revue des Deux-Mondes* (1) publicó un notable artículo de Brunetière, que produjo sensación general, y que no pudo menos de desconcertar á los que tanto abusaron de la ciencia en contra de la Religión, y de afianzar en la fe á muchas almas vacilantes. Allí, el célebre académico y libre-pensador francés hace ver, con datos irrecusables, cómo la arrogante *ciencia* (es decir, la *pseudociencia*) ha hecho *bancarrota* en sus atrevidas promesas de revelar los grandes misterios de los principios y de los fines, y de suplantar á la Religión. «Las ciencias,

(1) 1.º Enero, 1895, *Après une visite au Vatican*, p. 99 y sig.

dice, nos han enseñado muchas cosas, pero no aquéllas que de su progreso esperábamos... En efecto, las ciencias físicas nos habían prometido suprimir el *misterio*. Pero no sólo no lo han suprimido, sino que hoy vemos claramente que no podrán esclarecerlo jamás. Son impotentes, no digo para resolver, sino para proponer convenientemente las únicas cuestiones que importan. Estas son las que tocan al origen del hombre, á la ley de su conducta y de su destino futuro. Lo incognoscible nos rodea, nos envuelve, nos oprime, y no podemos sacar de las leyes de la física ó de los resultados de la fisiología ningún medio para conocer nada de eso. Yo admiro como el que más los inmortales trabajos de Darwin; y, cuando se compara la influencia de su doctrina con la de los descubrimientos de Newton, me suscribo gustoso. Pero... ¿qué hemos adelantado por eso? ¿Qué es lo que sabemos de la verdadera cuestión de nuestros orígenes? —«En la hipótesis mosaica de la creación, dice Hæckel, » dos de las más importantes proposiciones fundamentales » de la teoría de la evolución se nos muestran con una » claridad y una facilidad sorprendentes». — Además, añadiremos nosotros, «la hipótesis mosaica de la creación » nos da respuesta á las cuestiones de saber *de dónde venimos*, y la teoría de la evolución no nos la dará jamás. Ni la antropología, ni la etnografía, ni la lingüística nos responderán tampoco *jamás* á la cuestión de saber *lo que somos*... Lo que somos en cuanto animales, acaso nos lo podrán enseñar; pero no nos enseñarán lo que somos en cuanto hombres. ¿Cuál es el origen del lenguaje?; ¿cuál el de la sociedad?; ¿cuál el de la moralidad? — Cuantos en este siglo han tratado de decirlo, han fracasado miserablemente; porque no pudiendo concebir al hombre sin la moralidad, sin el lenguaje ó

fuera de la sociedad, los mismos elementos de su definición son así los que se sustraen á la competencia, á los métodos, á las investigaciones, en fin, de la ciencia. ¿Tendré necesidad de añadir que, con mayoría de razón, las ciencias naturales no decidirán la cuestión de saber *á dónde vamos?*... Sus descubrimientos no han acabado finalmente en otra cosa que en afianzar nuestro apego á la vida, lo que parece, en verdad, el colmo de la sinrazón, en un sér que debe morir».

Concluye, pues, Brunetière: «Si éstas no son *ban-carrotas* totales, son, por lo menos, *quiebras* parciales, y se concibe fácilmente que hayan hecho disminuir el crédito de la ciencia... ¿Quién ha pronunciado, pues, esta imprudente palabra, que la ciencia no sirve de nada, «sino en cuanto puede investigar lo que la Religión pretende enseñar?» ¿O esta otra, «que la ciencia no comenzó verdaderamente, hasta el día en que la razón se formalizó y se dijo á sí misma: Todo me hace falta; de mí sola me vendrá mi salud?» ¡Cállate, razón imbécil!, habría, sin duda, respondido Pascal... Si es verdad que, desde hace cien años, la ciencia ha pretendido reemplazar á la Religión, la ciencia, por este momento y por mucho tiempo aún, es la que ha salido perdiendo... Dos palabras bastan para resumir: *la ciencia ha perdido su prestigio, y la Religión ha reconquistado parte del suyo*».

Sepamos, pues, aprovecharnos de este prestigio que la Religión ha adquirido á ojos de los mismos racionalistas, y del que ha perdido esa mal llamada *ciencia*, esa ciencia enemiga de Dios; y no dejemos jamás la ciencia verdadera en manos de los adversarios, para que la profanen y vuelvan á abusar de ella.

A la provocación de Brunetière, trataron de responder otros librepensadores. Pero en vano; sólo consiguieron

poner más de relieve la verdad de aquellas acusaciones ó revelaciones sangrientas. C. Richet escribió en seguida, en la *Revue Scientifique* (1), un artículo titulado: *La Science a-t-elle fait banqueroute?* Mas tiene que parar en esta confesión: «La ciencia habrá explicado el cómo, pero no el por qué. ¿Por qué hay evolución? ¿por qué seres humanos? ¿por qué la vida en la tierra? ¿por qué tal ó cuál sentido en la evolución de esta vida? ¿cuál es el fin? ¿cuál el destino futuro? Aquí es donde aparece lo incognoscible, y tocamos los límites de la ciencia. Quizá un día alejaremos el problema; pero es cierto que *no lo resolveremos totalmente*».

«Si telescopios y microscopios maravillosos, añade, nos permitiesen ver mil veces más allá, todo eso no sería nunca otra cosa más que apariencias y formas. Eso no es el por qué de la materia y de la vida. ¿Por qué una bellota, plantada en tierra, se convierte en una encina? He ahí un problema muchas veces propuesto, bien sencillo, y que sin duda no se podrá resolver. Se describirán las sucesivas formas de transición entre la bellota y la encina con una precisión cada vez más científica. Mas el por qué de estas transiciones permanecerá ininvestigable» (2).

(1) 12 de Enero, 1895.

(2) *Si soy apasionado admirador de la ciencia, del progreso por la ciencia, escribe Nadailnac (*Foi et Science*, en *Le Correspondant*, 10 Jun., 95, p. 801 y siguiente), no puedo menos de reconocer su impotencia, cuando quiere afrontar los grandes problemas de la naturaleza y de la vida. Los fenómenos orgánicos que describe, á menudo con luminosa claridad, no son más que causas secundarias. Las causas primeras permanecen, y probablemente permanecerán siempre, cubiertas de un velo impenetrable á la inteligencia humana, abandonada á sus propias fuerzas. Parece como si Dios hubiera dicho al hombre: No pasarás más adelante».

V. todo ese interesante artículo, donde el ilustre polemista trata muy de propósito de las famosas declaraciones ó confesiones que viene haciendo Brunetiere. Este, en un trabajo titulado: *La Moralité de la doctrine évolutioniste*,

Sobre estas palabras, dice con razón el P. Dierckx (1): «O bien esta frase es un contrasentido ó, sino, afirma la necesidad absoluta de admitir un Principio soberano, infinitamente perfecto, infinitamente poderoso, como causa primera de la naturaleza visible, tipo supremo de todas las bellezas que ella revela».—«Sea lo que fuere, añade el docto jesuíta, la sola observación de los hechos obliga actualmente á los ateos á ser más circunspectos».

Las discusiones provocadas en la sección de biología por el famoso discurso del Marqués de Salisbury hicieron que el profesor Osborn declarara terminantemente la necesidad de suspender el juicio acerca de los factores de la evolución. Reconoce que el principio exclusivo de la selección natural está en desacuerdo con los hechos, y que falta por descubrir un principio desconocido de *mecánica teleológica*. «Esta es, dice el citado P. Dierckx (2), la misma conclusión de lord Kelvin y de lord Salisbury. Los sabios que hablan como ellos forman hoy una legión».—«Desde hace algunos meses, muchos pensadores, sin desesperar precisamente de los recursos de la ciencia, no ocultan ya que el evolucionismo radical é ilimitado está lejos de haber destronado las antiguas doctrinas espiritualistas sobre los orígenes del mundo y de la humanidad. La insuficiencia de una teoría puramente mecánica se ha ido poniendo poco á poco en plena evidencia. Se encuentra esa confesión aun en

publicado en la *Rev. des Deux-Mondes*, dice: «Todos los días explicamos cosas que apenas entendemos, por otras que de ningún modo entendemos: la gravitación, por la atracción; las combinaciones de los cuerpos, por las afinidades químicas; los fenómenos de la vida, por las propiedades de la *materia organizada*».

También es muy digno de tenerse en cuenta mucho de lo que, en medio de exageraciones extrañas, escribe á este propósito Art. Balfour en su ruidosa obra: *The Foundations of Belief*.

(1) *Les ignorances de nos savants* (Extrait de la *Rev. des Quest. Scient.*, Abril, 1895), p. 21.—(2) *Ibid.*, p. 5 y 9.

los escritos de aquellos mismos que con más ardor habían denunciado el oscurantismo de los católicos y pronunciado la soberanía absoluta y exclusiva del método experimental».

Pero, á medida que el evolucionismo mecánico-materialista va perdiendo terreno y poniéndose en completo descrédito aun á ojos de aquellos que antes más interesados se mostraban en su favor, el evolucionismo teleológico, espiritualista, moderado, va, por el contrario, quedando dueño del campo, y haciéndose más simpático á todos, aun á los que en un principio más lo aborrecían. Por de pronto, en un sentido más ó menos lato, y con ciertas tendencias más ó menos atrevidas, reúne en su favor la inmensa mayoría de votos; y no sólo de las medianías, sino también de los hombres más distinguidos por su saber, y no sólo de los apasionados y sistemáticos, sino también de los más formales y sinceros amantes de la verdad. En esto no cabe dudar ya, en vista de los datos que dejamos expuestos. Y casi todos los evolucionistas, á medida que se van persuadiendo más de la realidad de la evolución, van reconociendo con franqueza ó con disimulo lo atrevidas y extravagantes que son las explicaciones puramente mecánicas.

El Dr. Jousset, en su impugnación del transformismo, reconoce (1) que éste «tiene hoy el viento de la opinión y el favor de los cuerpos docentes oficiales».—Duilhé dijo ya hace mucho tiempo (2): «Si se consulta el sufragio universal en la república de las ciencias, no hay duda posible, la doctrina transformista triunfa por gran número de votos».—«Gran número de sabios naturalistas y de filósofos rechazan las explicaciones sistemáticas, las teorías hechas, y sostienen la idea ó hipótesis

(1) *Évol. et Transf.* p. XII.—(2) *Apología*, p. 248, 276 y 277.

transformista».—«Los transformistas moderados se esfuerzan con valor y lealtad en convertir su seductora y magestuosa hipótesis en certeza científica».—Y Quatrefages, que fue uno de los más temibles adversarios, escribía (1): «Esta doctrina es de las más seductoras. En sus premisas presenta en alto grado el sello de la ciencia moderna; no procede sino apoyándose en los hechos. Si más tarde se extravía, es porque no se podía menos al tratar semejante materia... Con frecuencia queda uno sorprendido del acuerdo que existe entre la teoría y la realidad. Los fenómenos hasta ahora inexplicables vienen muchas veces como por sí mismos á colocarse en el cuadro trazado de antemano».—«Es preciso, añade en otro lugar, que la teoría tenga tanto de seria como de seductora, para haber arrastrado tras sí, no sólo á la multitud, sino á hombres tales como Hooker, Huxley, Vogt, Lubbock, Brandt, Filippi, Hæckel, Lyell y tantos otros» (2).

Veamos ahora otra suerte de testimonios:

«Los sabios católicos que se dedican á las ciencias naturales, dice con razón el Sr. Abate Guibert (3), parecen inclinarse hacia el evolucionismo moderado ó espiritualista... Según sus fautores, este sistema tendría la doble ventaja de tener justa cuenta con las razones serias que militan en favor de la evolución y de no chocar con ninguno de los principios propuestos por las ciencias limítrofes».

(1) *Darwin et ses précurseurs*, 2.^a ed. 1892, p. 111.

(2) «El transformismo, añadió más tarde el mismo autor (*Les Émules de Darwin*, 1894, t. I, p. 2) ha conquistado el favor público. Tiene de su parte á los hombres más inteligentes é instruidos, y entre los sabios propiamente dichos, numerosos adictos y algunos eminentes».

El ilustre geólogo español, Sr. Vilanova, hace tiempo que reconocía (*La doctrina de Darwin*, en la *Revista Europea*, t. VII, 1876) que el darwinismo es «un sistema que, si se despoja de las exageraciones, ofrece no poco que admirar».

(3) *Les Orig.* p. 70.

«Hoy, añade el mismo apologista (1), la evolución es una doctrina tan generalmente admitida entre los naturalistas, que es difícil poner en duda sus conclusiones sin pasar por un ignorante ó un atrasado».

«Ahora es ya raro, escribe el P. Zahm (2), encontrar un hombre de ciencia que no profese la evolución bajo uno ú otro aspecto, ó que á lo menos crea que los antiguos sistemas con respecto á la creación y al origen de las especies no deban ser modificados».

Y más adelante (3) añade que cada uno de los argumentos principales que abogan por la evolución es, por de pronto, fuerte, y para muchos, si no para la mayoría de los naturalistas contemporáneos, convincente. «Mas cuando se considera el efecto del argumento fundado sobre todas las series de hechos, y se tiene en cuenta la perfecta armonía de los hechos entre sí, entonces ese argumento adquiere nuevo vigor, y resulta quizá irrefragable. La evidencia que ofrece una clase de hechos corrobora y completa la que resulta de los otros, de modo que el testimonio de todas las clases de hechos reunidas en un todo hace que la teoría resulte, cuando menos, en sumo grado probable... Ella es realmente la única explicación natural de los hechos controvertidos... La evolución, como teoría, se funda, sin la menor duda, sobre bases tan sólidas como puede estarlo la teoría atómica de la materia ó la teoría ondulatoria de la luz, ó la de Newton acerca de la gravitación universal. Y así como estas teorías resultaron sumamente provechosas al físico y al astrónomo para profundizar sus respectivas ciencias, del mismo modo la evolución tiene un valor inapreciable para el naturalista, el cual, por este camino, puede coordinar un vasto grupo de hechos que

(1) *Ibid.*, p. 83.—(2) *Evolución e Dogma*, p. 76.—(3) P. 119 y sig.

á primera vista parecían un laberinto... Seguro estoy de que no se trata más que de tiempo y de un tiempo, por ventura, no lejano, para que la teoría de la evolución orgánica aparezca tan establecida sobre bases sólidas cuanto lo está al presente la de Copérnico del sistema solar».

«La gran mayoría de los hombres de ciencia contemporáneos, dice el mismo apologista (1), se inclinan por una ú otra de las varias teorías de la evolución orgánica; la controversia ahora agitada no versa acerca del hecho de la evolución—la cual se supone, si es que no está ya demostrada,—sino más bien acerca de los factores que la han producido».—Ya nos inclinemos por unas ó por otras de esas teorías, prosigue, «es difícil, si no imposible, ignorar el hecho de que cierta evolución, ó sea desenvolvimiento, ha intervenido en la formación del universo material y en el desarrollo de las diversas formas vivientes que pueblan el globo terrestre».

«Obsérvese, añade (2), que Huxley opina que la evolución no es una hipótesis ni una teoría, sino que es una doctrina; y esta opinión la comparten otros muchos defensores de la evolución. No se trata ya de una cosa acerca de cuya realidad aun se discute, sino de una cosa fundada sobre sólidas bases. Pues ella ha hecho frente, aseguran, á todas las pruebas de la experiencia y de la observación, y debe en adelante reputarse entre los hechos adquiridos, que enriquecen el tesoro de la ciencia. Tanto es así, que hace ya algunos años, en una conferencia de la Sociedad Americana para el progreso de la Ciencia, el profesor Marsh decía: «No se me ocurre aducir ninguna prueba de la evolución, puesto que

(1) *Ibid.*, p. 175.—(2) Pág. 181.

»el dudar de la evolución equivale ya á dudar de la ciencia, y ciencia es sinónimo de verdad».—«La teoría de la evolución, escribe C. Martins en la *Revue des Deus-Mondes*, encadena juntas todas las cuestiones de historia natural, lo mismo que las leyes de Newton han aliado juntamente todas las revoluciones de los cuerpos celestes. Esta teoría está dotada de todos los característicos de las leyes de Newton».—Mas el Profesor J. Le Comte va todavía más lejos, pues dice: «No dudamos afirmar que la evolución es un hecho positivo: nó la evolución en cuanto teoría especial, como la lamarkiana, la darwiniana, la spenceriana, nó; sino la evolución como ley derivativa de formas, á partir de las formas anteriores; la evolución en cuanto ley de continuidad, en cuanto ley universal de conveniencia. En este sentido, *no sólo es cierta*, sino que es justamente un *axioma*».

Concluye, pues, el P. Zahm (1): «El grado de probabilidad de que ya goza la evolución es, de todos modos, grande, y cualquiera que haya examinado las pruebas, no puede menos de reconocerlo.—Eso basta para hacer que la teoría sea aceptable y se imponga en seguida á quienquiera que esté en condiciones de saber apreciar las pruebas aducidas en su apoyo... Cada nuevo descubrimiento hecho en el reino de la naturaleza animada, ofrece nuevas pruebas que consolidan y afianzan á esta teoría».

Entre los hombres de fe, la corriente va, pues, hoy también en el mismo sentido favorable á la nueva doctrina. Según se ha ido desvaneciendo la alarma ó la prevención, se han ido viendo las cosas de muy distinta manera. Pocos hay ya que teman en presencia de la evolución, y menos son aún los apologistas ilustrados que la

(1) P. 337.

sigan considerando como enemiga. Los más la mirarán con entera indiferencia, si no fuera por la excepcional importancia científica que le reconocen. Otros la empiezan á mirar con muy buenos ojos; y otros se inclinan visiblemente por ella, si no es que la abrazan y defienden con decisión y energía (1). Después de tantos años de lucha, se va calmando todo aquel apasionamiento que se notaba en un principio. Se va viendo que en la evolución hay por lo menos un gran fondo de verdad; y que lo peligroso y lo absurdo está en las exageraciones y en las falsas y forzadas consecuencias de los *enfants terribles* del transformismo, como los llamaba Claparède. Y todos esos abusos, los hombres de verdadera ciencia y aun los mismos ultraevolucionistas, al desmentirse recíprocamente, los van corrigiendo ó poniendo cada vez más de relieve, de suerte que hasta los autores en un principio más avanzados, van ya replegando velas. Pero si se desmienten en los abusos y en las explicaciones atrevidas, convienen en reconocer como un hecho indiscutible la realidad de la misma evolución.

Una de las cosas que más impidieron el pronto triunfo de esta teoría, fué el cambio inesperado del mismo Darwin, quien en vez de mantenerse en aquella moderación y gravedad primitivas que tanto le honraron, y de seguir alarmado con el atrevimiento de Hæckel, creyó

(1) *No se está lejos,—escribe el Dr. Maisonneuve, con motivo de la obra citada de Guyard (*Science Catholique*, Marzo, 1895, p. 381)—de llegar á la concordia; no están separados unos de otros (los transformistas y los antitransformistas) sino por ciertas equivocaciones. Algunas concesiones por una parte y por otra harían que las cosas avanzaran más eficazmente hacia la mutua inteligencia, que no los argumentos tomados del insulto.—*Hoy, añade (p. 832), hay muchos buenos católicos que se inclinan hacia las ideas evolucionistas.

Y en Diciembre del mismo año, no vacila escribir en la misma Revista (página 100): *La evolución de las especies es abrazada casi unánimemente por los naturalistas.

sin duda perder sus glorias si sus discípulos pasaban más adelante que él; y así, para no quedarse atrás, vino á convertirse en discípulo de ellos. En su obra el *Origen del hombre*, publicada en 1871, más que el sabio circunspecto y sagaz, y que el gran genio inventor, parece un sectario, servil imitador de Hæckel (1). Pero, afortunadamente, en ese nuevo camino tiene ya pocos seguidores, y menos entre los hombres de saber indisputable.

Entre los primeros defensores de la evolución, que fueron modificando, esclareciendo, completando, corrigiendo ó exagerando las ideas fundamentales de Darwin, figuran, aparte de Hæckel y de su fiel seguidor O. Schmidt y de otros muchos decididos partidarios del evangelio del *Hombre-bestia*, Wallace, Romanes, Naudín, Spencer, Huxley, Lyell, Asa Gray, Lubbock, Cope, Hyatt, Brooks, Owen, Koelliker, Vogt, Moritz Wagner, Nägeli, Weissmann; Omalius d' Halloy, Gaudry, Ed. Perrier, Mivart, etc.

Hoy no se pueden contar ya los partidarios de ese sistema, que domina del todo en la ciencia (2); pero baste decir que entre ellos figura un número respetable, no sólo de protestantes, sino también de católicos distinguidos, de sacerdotes y de religiosos. Estos, viendo que la evolución es una teoría verdaderamente científica, que está llamada á triunfar, si es que no ha triunfado ya, comprenden que su deber es, no contradecirla, sino aceptarla y tratar de armonizarla con la verdad revelada.

(1) El F. Z. Martínez (*Ob. cit.* p. 197) no vacila en expresarse de esta manera categórica: «Creemos en la sinceridad del *Origen de las especies*, pero nunca en la honradez y lealtad científicas de *La descendencia del hombre*».

(2) El Abate Boulay confiesa (*R. de Lille*, Febrero, 98, p. 290) que en Francia, las doctrinas evolucionistas «reinan, con algunas restricciones individuales, en todas las grandes escuelas; de ahí han penetrado por los manuales en las escuelas secundarias y primarias; y, vulgarizadas por el libro y el folleto, acabaron por alcanzar á todas las esferas sociales».

§ X. Teorías espiritualistas.—Evolucionistas católicos.

Wallace, que tuvo la gloria de descubrir la selección al mismo tiempo que Darwin é independientemente de él y que, por lo mismo, es con razón tenido por cofundador de esta teoría, procuró mantenerse siempre más ó menos circunspecto y protestar contra las exageraciones que se cometían al extender la evolución hasta el hombre. Otros naturalistas procuraron mostrar la insuficiencia de la selección, y sustituirla por otros factores de un orden transcendental, ó bien completarla con ellos.

Entre esos escritores figura en primera línea el distinguido teólogo católico y eminente naturalista G. Mivart, quien probó magistralmente la impotencia de la selección mecánica é hizo ver cómo la evolución no puede realizarse sin un plan providencial y sin una tendencia innata en los organismos, encargada de ejecutarlo. Sus argumentos son tan sólidos y preocuparon tanto al mismo Darwin, que se vió forzado á reconocer que ofrecían un *aspecto formidable*.

Pero el ilustre apologista, que tuvo la gloria de ser uno de los primeros y mejores defensores de la evolución y de apoderarse de esta arma tenida por enemiga, incurrió ciertamente, en lo relativo al hombre, en exageraciones peligrosas que alarmaron á muchos católicos y protestantes y le acarrearón serios disgustos. Si bien reconoce y defiende con energía la creación del alma racional, cree y sostiene que el cuerpo humano no es